



Código documento: 068cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: La generosidad en el Camino
Idioma: Castellano
Fecha creación: 21 de junio de 2010
Autor: Gregorio de Zaragoza

La generosidad en el Camino

Y es que el Camino da para todo. Recuerdo con mucho cariño a un compañero de peregrinaje, desde el lejano Castrojeriz, hasta el mismísimo Santiago. Le llamaré Marcelo. Brasileño, pero digo esto sólo como anécdota. Hablaba muy bien el castellano que luego se le ha ido olvidando, como todo lo que no se practica.

Él tampoco practicaba ni la generosidad, ni el desprendimiento. Más bien sus cualidades eran un refinado egoísmo, de alguien que lo quiere todo, y una cierta avaricia o al menos tacañería.

No era generoso, más bien entendía las relaciones humanas como un toma y daca, a pesar de que su posición económica era desahogada y de que disfrutaba de buenas relaciones, más o menos sofisticadas, debido a su profesión que precisa un alto grado de snobismo y modernidad.

Nunca pedía nada, pero creo que en todos esos días nunca pagó un café de los dos. Yo pronto me cansé de hacerlo y estuve al tanto para no seguir los impulsos de mi habitual fanfarronería (otros le llaman generosidad). Aunque siempre había alguien que picaba, y él recibía con la condescendencia del que se sabe con derecho a recibir. Así les ocurrió a unos amigos que se nos unieron en Sarria, el primer día ya le invitaron a almorzar como algo natural, el segundo, cuando iban a pagar les avisé, "buen chico pero la bolsa cerrada", comprendieron y se abstuvieron.

Ese egoísmo se reflejaba también a la hora de coger sitio, de pasar por un lugar estrecho, de servirse a la mesa, de elegir los bocados en el rancho común, de buscar la mejor cama o asiento, etc. Nada grave, todo anecdótico y tengo que reconocer que además, también tenía virtudes que no vienen "al cuento".

Llegamos al Monte O Gozo (o como se escriba) y nos quedamos allí, pensando en que no tendríamos sitio en Santiago debido a la gran afluencia de peregrinos de última hora.

Esa tarde hicimos trampa y bajamos a Santiago en autobús, una aventura, una gran y peligrosa aventura. El paisano conductor debía de estar haciendo el mismo recorrido diez veces al día desde hacía diez o veinte años, y conducía con enorme despreocupación, ningún cuidado y a gran velocidad, por estrechas carreterillas de la Galicia rural. Me entró el pánico en las primeras curvas a velocidad temeraria, en el primer adelantamiento a un turismo, con la feroz persecución a una gallina a lo largo y ancho del camino. Sentí el pánico más profundo que puede sufrir un peregrino, quedé paralizado pensando que había superado más de ochocientos kilómetros andando sin percances serios, para caer en manos de semejante energúmeno. Me di cuenta de que, debido a esa paralización, tenía un espasmo muscular en la cara que me dejaba una sonrisa incrédula, recta y plana. Miré a mi alrededor y tuve el consuelo de ver otros rostros similares al mío sobretodo entre los peregrinos, usuarios no habituales de ese "vuelo".

Pero esa no es la historia, la historia tiene que ver con ese autobús y con nuestro amigo Marcelo, pero en la mañana del tercer día, ya maqueados bajando a Santiago, caminito de nuestras casas.

Cuando llegó el autobús venía cargado, Marcelo, de forma natural, se coló y ocupó el único asiento libre, justo detrás del conductor. Hubo alguna mirada de odio y alguna sonrisa de conocimiento, pero Marcelo allí que se quedó. El resto del grupo nos fuimos a la plataforma central del bus. Unas paradas más adelante, en una pequeña aldea, subieron, una pareja de ancianos. Él seco y reconcentrado, con una gran boina calada hasta las cejas. Ella oronda, de pequeña estatura y enorme diámetro. En cuanto pagaron se pararon justo al lado de Marcelo que, en menos de una décima de segundo, saltó como un muelle y enderezó pasillo adelante sin volverse a recibir las gracias de los paisanos.

Mis amigos y yo nos miramos con el sentimiento de que éramos injustos con Marcelo: Él también podía ser generoso si la ocasión lo requería. Le sonreímos mientras se acercaba pero no se paró a nuestro lado, siguió hacia la plataforma trasera, hecho este que nos sorprendió. Pronto nos llegó la respuesta, en forma de una densa y abigarrada peste olorosa. Un fétido, dulce y profundo olor que se podía masticar y que provenía de todos los pliegues íntimos de aquella anciana. Era un hedor persistente y compacto que llegaba a obstruir las fosas nasales y el cerebro. Conforme semejante plaga se expandía por el recinto cerrado del bus, arrancaba un sorprendido y unánime iiiFUAAAA!!! de las castigadas papilas del resto de viajeros.

Poco a poco, todo el personal perjudicado fuimos retrocediendo hacia la plataforma posterior del bus para intentar alejarnos de semejante suplicio. El autobús tenía una extraña imagen: Los ancianos solos en la parte delantera justo detrás del conductor, mientras que en la plataforma trasera en abigarrado racimo, el resto de pasajeros intentábamos poner a salvo nuestras atormentadas narices aproximándolas a la rendija de la puerta.

Pudimos constatar qué, una vez más, nuestro amigo Marcelo había pillado el mejor sitio.

Gregorio de Zaragoza